

El efecto de la inculcación y la imaginación sobre el alma humana

Introducción

Desde tiempos remotos, los maestros sufíes estaban muy familiarizados con el poder de la inculcación y su efecto sobre el ser humano, y lo utilizaban como un medio para penetrar en el ser interior de sus discípulos y así, liberándoles de sus ataduras y defectos, ayudarles a lograr una psique sana. Al mismo tiempo, conocían bien el dominio y el efecto de la imaginación sobre la persona e intentaban, a través de sus enseñanzas, liberar a su discípulo de las garras de la imaginación y de la fantasía para que pudiera avanzar hacia una experiencia verdadera de la Realidad divina. La siguiente historia, narrada por Rumi en su *Masnawi*, es un perfecto ejemplo de ello.

Los muchachos de cierta escuela, debido a la severidad de su profesor, soportaban penosos esfuerzos y fatigas.

Deliberaron sobre cómo cambiar esta situación, de suerte que el profesor cayese enfermo.

«¿Es que no le afecta enfermedad alguna para que, durante algunos días, se quede lejos de nosotros

y nos liberemos de esta cautividad, presión y sufrimiento? Él es duro y firme como una roca”.

Uno de ellos, el más ingenioso, elaboró un plan y propuso preguntarle: «Maestro, ¿por qué está usted tan pálido?

No tiene buen color ¡Espero que no sea nada!, debe ser el efecto del aire o de alguna fiebre”.



Sleepers II, 1959
George Tooker

De esta forma, él comenzará a imaginar.
Tú también, hermano, ayuda y sígueme la corriente.

Cuando entres por la puerta de la escuela, di:
“¡Maestro, espero que se encuentre bien!”.

Así, su imaginación trabajará un poco más,
pues, con tan solo una idea, el cuerdo puede volverse loco.

Después de nosotros, el tercero, el cuarto, el quinto,
deben mostrarse preocupados y apenados por el maestro,

para que esta idea, al ser repetida de forma unánime
por los treinta niños de la escuela, se vuelva realmente creíble».

Todos le dijeron: «Bravo, qué sagaz eres!,
¡que el favor de Dios bendiga tu fortuna!»

Así, convinieron firmemente que
ninguno de ellos alteraría estas palabras.

Luego, él les tomó juramento a todos,
no fuera que algún soplón contase lo que habían planeado.

La idea de aquel muchacho prevaleció entre todos,
su inteligencia caminaba por delante del grupo.

Existen las mismas diferencias entre los intelectos de los seres humanos
que entre la belleza de las personas amadas.

Por eso dijo el Profeta:
«La excelencia del hombre está oculta bajo su lengua».

Al día siguiente, al amanecer, los muchachos
fueron felices con este pensamiento a la escuela.

Todos permanecieron fuera esperando
a que entrase primero el compañero audaz,

pues él era la fuente de esta idea:
la cabeza es siempre el imán [la guía] de los pies.

¡Oh tú [viajero de la Senda] que sigues [a un hombre perfecto], no busques precedencia sobre él,
porque él es la fuente de la luz celestial.

El muchacho entró en la escuela y dijo al profesor:
«¡Saludos!, espero que se encuentre bien, tiene la cara pálida».

El profesor respondió: «No tengo ninguna dolencia.
Siéntate y no digas disparates».

El profesor lo negó, pero una tenue polvareda de sospecha se levantó repentinamente en su corazón.

Entró otro y dijo lo mismo,
lo que aumentó un poco más esta suposición.

Y continuó de esta misma manera, hasta que la suposición cobró fuerza, y quedó totalmente perplejo de su estado.

El profesor se sentía abatido por esta imaginación y por el miedo. Se levantó de un salto y, arrastrando su manto, se fue [a su casa].

Enojado con su esposa [pensaba]: «Su cariño hacia mí es débil, yo me hallo en este estado y ella ni siquiera me pregunta cómo me encuentro.

No me dice nada del color pálido de mi cara, su intención es liberarse de mi desgracia¹.

Está absorta en su belleza y su apariencia, inconsciente de que mi jarra del agua se cayó del tejado²».

Llegó a su casa y abrió la puerta con vehemencia, los treinta niños iban tras él.

La mujer le dijo: «¿Está todo bien?, ¿cómo es que has venido tan pronto? ¡Ojalá que no le pase nada malo a tu buena persona!».

El profesor respondió: «¿Estás ciega?, fíjate en mi color y en mi estado, [incluso] los extraños se lamentan por mi aflicción.

[Sin embargo] tú, estando en casa [conmigo], por envidia e hipocresía, no ves el estado de angustia en el que me encuentro».

La mujer dijo: «¡Oh hombre!, a ti no te pasa nada, es tan sólo una vana imaginación».

El hombre rugió: «Mala mujer, ¿vas a seguir disputando obstinadamente? ¿no ves este temblor y cómo he cambiado?

Si tú estás sorda y ciega, ¿qué culpa tengo yo? Yo, ardiendo [de fiebre], sufro pena y dolor».

Ella replicó: «¡Buen hombre!, ¿quieres que traiga un espejo, para que veas que no te miento?».

«Alejaos de mí tú y tu espejo», le dijo el hombre, «siempre estás embargada de odio, rencor y enemistad [hacia mí].

Tiende enseguida mi lecho, pues me duele la cabeza y me voy a acostar».

Como la mujer se demoraba, el hombre le gritó:
«Oh tú, cabeza dura, date prisa, si no quieres recibir tu merecido».

La anciana mujer trajo la ropa del lecho y la tendió.
Dijo [para sí]: «No se puede [decir nada], y mi corazón arde de tristeza.

Si digo algo, me acusa;
si no digo nada, este asunto se va a poner serio.

La sospecha vuelve enferma a la persona,
aunque no sufra mal alguno.

Es bueno recordar las palabras del Profeta:
“Si a mi lado fingís estar enfermos, os pondréis enfermos [de verdad]”.

Si insisto, él sospechará:
“Mi mujer está tramando algo para quedarse sola.

Quiere echarme de la casa,
me está engañando para deshonrarme”».

Tendió el lecho y el hombre se acostó,
suspiros y lamentos nacían de él.

Los muchachos estaban también allí sentados,
y, fingiendo estudiar, murmuraban en voz baja:

«Hemos hecho todo esto y, sin embargo, aún seguimos prisioneros;
algo hemos hecho mal, somos malos planificadores».

Dijo el muchacho ingenioso: «Oh compañeros,
recitad en voz alta la lección».

Al leer todos en voz alta, el muchacho dijo: «¡Compañeros!,
el ruido que estamos haciendo va a hacerle mal al profesor.

Su dolor de cabeza se agudizará con nuestras voces,
¿valdrá la pena que sufra dolor por un puñado de monedas?»

El profesor afirmó: «Sí, tiene razón, iros de aquí,
mi dolor de cabeza está peor. ¡Salid!».

Se inclinaron respetuosamente y dijeron: «Oh honorable maestro,
que se alejen de usted la enfermedad y el peligro».

Luego salieron corriendo y dando saltos hacia sus casas,
cual pájaros en su deseo de alpiste.

Sus madres se enojaron con ellos y dijeron:
«¡Día de escuela, y vosotros entretenidos con el juego!

Es tiempo de estudiar, y vosotros
escapáis del libro y el profesor».

Se excusaron diciendo: «¡Espera madre, espera!,
esta falta no es nuestra ni es nuestra culpa.

El destino del cielo quiso que nuestro profesor
cayera enfermo y estuviera apenado y afligido».

Las madres respondieron: «Esto es mentira y engaño,
tramáis cientos de mentiras para conseguir lo más insignificante.

Mañana por la mañana iremos a visitar al profesor
para ver la realidad de vuestro engaño».

Los muchachos dijeron: «Vayan con Dios,
y miren si mentimos o si somos sinceros».

Por la mañana llegaron esas madres;
en el lecho, el profesor, como quien se encuentra gravemente enfermo.

Sudando a causa del gran número de mantas,
vendada la cabeza y cubierta la cara con la colcha.

Se lamentaba y gemía en voz baja;
ellas empezaron también a gemir al son de sus lamentos.

Dijeron: «¡Profesor!, esperamos que no sea nada grave su dolencia,
juramos que no sabíamos nada de ella».

Respondió el profesor: «Yo tampoco me había enterado,
fueron estos malvados niños quienes me lo hicieron saber.

No sabía nada, estaba absorto en el trabajo,
no me daba cuenta que en mi interior había una enfermedad tan grave».

—Rumi, *Masnawi*, Libro III, 1523 - 1605

—Traducción: Ángel Eraso

Notas:

- 1.- La desgracia de haberse casado con un humilde profesor de escuela como él.
- 2.- Expresión que indica que uno se ha hecho viejo y ha perdido toda su belleza.